

RAFAEL MALUENDA

SAMUEL A. LILLO

CUANDO ME TRAJERON LA NOTICIA de que Samuel Lillo acababa de morir, se agolparon en mi memoria los leales recuerdos de esa fecunda existencia, toda consagrada a las letras chilenas. Su inspiración poética no desertó nunca de los derroteros que le impuso su amor a esta tierra, su pasión por hacer perdurar en sus líricas estrofas las esencias de la raza y las bellezas de su suelo. Se le reconoce como el más señalado de los propulsores del movimiento literario que entró a buscar sus fuentes de inspiración en el venero nativo, independizándose de las tendencias foráneas.

Fue el fundador y el mantenedor del Ateneo de Santiago, organismo cuya influencia en la vida literaria de nuestro país no ha sido todavía estudiada en la inmensa importancia que tuvo en los comienzos del presente siglo. Porque el Ateneo de hace cincuenta años fue la pila bautismal de poetas y prosistas que han dado lustre a las letras nacionales. En su tribuna del paraninfo universitario —la tribuna de Bilbao— se daban a conocer los autores que ya en diarios o revistas de la época se habían señalado a la consideración de un auditorio de gran cultura, cuyos aplausos tenían valor consagratorio. Samuel Lillo fue el alma de ese organismo como organizador de sus veladas, como mantenedor de sus actividades. Y lo hizo siempre animado de un doble propósito: velar por su prestigio intelectual y auspiciar, con clarividente juicio, que no tuviera tropiezos de ninguna clase el escritor que se mostraba digno de ocupar esa tribuna.

Allí leyeron sus trabajos Federico Gana, Diego Dublé Urrutia, Víctor Domingo Silva, Guillermo Labarca Huberston, Baldomero Lillo, Carlos Mondaca, Max Jara, Isaías Gamboa, Alejandro Parra, Fernando Santiván, Augusto Thompson, Ignacio Pérez Kallens y la larga falange de poetas, cuentistas, críticos y ensayistas que han constituido la generación de 1910.

Samuel Lillo era más que padrino de esos bautizos literarios. Era el maestro animador. Porque de este poeta el rasgo más saliente de su espíritu fue una ingénita y estimuladora bondad. El hacía que la emulación de los autores se transformara en comunes deseos de superación, en fraternal competencia, desprovista de mezquinos egoísmos, de envidias y bajezas. Y así el Ateneo tuvo una categoría artística que no ha sido superada por ningún otro organismo similar.

Su decadencia y su desaparecimiento se produjeron desde el mismo instante en que dejó Samuel Lillo de cautelar sus actividades. Porque faltaron para presidirlo espíritus animados de lo que esmaltaba el suyo: bondad y comprensión, entusiasmo generoso, fraternal solidaridad y alma de maestro para estimular a los escritores en sus espirituales empresas.

Su estro poético se vertió en los clásicos moldes de la lírica vitalizándola con la palpitante emotividad de sus concepciones. Formas perfectas tienen sus cantos heroicos al evocar las visiones del Arauco de sus amores. Fue un clásico en las disciplinas de la lengua. Pero nunca se le vio desambientado para apreciar las tendencias hacia una forma novedosa y original de la expresión poética cuando en ella palpitaban conmovedores pensamientos. Por eso fue, durante toda su vida, el compañero querido de los literatos de su generación y el amigo cordial de los jóvenes que a su amparo se fueron incorporando en los rangos de la literatura nacional.

No se puede hablar del poeta sin recordar al hombre. Aquél imprimió huella en los afanes literarios de un cuarto de siglo; éste ha dejado tras de sí una estela de cariño y gratitud, porque supo con la amabilidad de su trato, con la cortesía siempre caballerosa de sus maneras, con su tacto inteligente para suavizar asperezas y desinteligencias, hacer que la caravana de los intelectuales de su época se miraran como hermanos de una misma familia, unidos por un amor común a las ideas y nunca enfrentados por las encendidas pugnas de las ideologías.

Se ha silenciado la voz del poeta. El destino nos priva de su presencia; pero su recuerdo lo agranda la pena. Porque la muerte, creadora de las infinitas distancias, en hombres de su relevante categoría intelectual y humana, hace que las sombras amigas que ellas proyectan se prolonguen indefinidamente, como las de los grandes árboles cuando el sol entra a su ocaso.